

# Historia de tres pianos

Juan Luis Arsuaga

**D**arwin tenía un lamentable oído musical. Sería mejor decir que no lo tenía en absoluto, pero eso no quiere decir que la música no ocupara un lugar importante en su vida.

Su mujer, Emma Wedgwood, era una excelente pianista que había recibido clases de Chopin en París. Gwen Raverat, su nieta, le oyó contar que estando interna en el colegio privado de Paddington Green había sido escogida, por ser la mejor, para tocar delante de Mrs. Fitz Herbert (casada con el rey Jorge IV, aunque el matrimonio no fuera legal por ser ella católica), cuando la señora fue a visitar la escuela de pago en la que se educaba Emma.

Por las noches la señora Darwin deleitaba a su marido tocando el piano en la sala de estar, después de la cena, mientras que el eminente naturalista se fumaba algún que otro cigarrillo, una costumbre que había adquirido en la pampa con los gauchos, cuando bebía mate y fumaba con ellos en derredor de la hoguera, con las estrellas por techo, en la soledad de la pradera. Seguramente el

viejo Darwin recordaría aquellos tiempos mientras exhalaba volutas de humo. Memorias de cuando era joven y se sentía fuerte y capaz de todo, cuando vivió peligrosamente, cuando los *indios bravos* podían estar muy cerca: «Con solo que el alborotador teruteru proferiera su acostumbrado grito, había una pausa en la conversación y todas las cabezas, por un momento, se inclinaban un poco». Pero ahora vivía casi recluso en su casa en el campo de Down por su mala salud. La ciencia y la familia eran sus refugios. Y también la música.

En la vida del matrimonio Darwin hubo tres pianos, según nos cuenta J.F. Derry, en su documentado trabajo sobre la música de Emma. El primer piano, de la prestigiosa casa Broadwood, lo compró la pareja en Londres en febrero de 1838 y fue un regalo del padre de Emma (había tres modelos de piano Broadwood entonces y no sabemos de cuál de ellos se trataba). Los pianos Broadwood eran de mucha categoría. Cuando en 1840 la reina Victoria se casó con el príncipe Alberto, también se llevaron un Broadwood para el palacio de Buckingham.

Al mudarse los Darwin de Londres a Down en 1842, el piano viajó con ellos. Muchos años después, en 1873, Emma se lo regaló a su hermana Elisabeth.

El segundo piano de los Darwin, también de la casa Broadwood, era un «Patent Repetition Bichorda Grand» de 1854, adquirido por el matrimonio en febrero de 1858. Se puede ver todavía en Down y dicen que suena maravillosamente.

El tercero, más modesto, fue un Érard, adquirido en mayo de 1870. Seguramente, piensa Derry, Darwin utilizase este piano en sus experimentos con las lombrices (sí, ha leído bien, piano y lombrices) y no el fantástico Broadwood.

Pero la relación de Darwin con la música (a pesar de su nefasto oído) empezó antes del matrimonio, como nos cuenta en su autobiografía:

También me introduje en un grupo musical [estamos en la Universidad de Cambridge en los años 1828-1830], creo que por medio de mi simpático amigo Herbert, que se graduó con las máximas calificaciones. Juntándome a estas personas y oyéndolas tocar, adquirí una gran afición por la música y muchas veces ajustaba el horario de paseos para oír el himno que se cantaba en la capilla del King's College durante la semana. Ello me producía un intenso placer, hasta el punto de que a veces sentía mi espinazo estremecerse. Estoy seguro de que en esta afición no había ninguna afectación ni mera imitación, pues yo solía ir solo al King's College y a veces pagaba a los chicos del coro para que cantaran en mis habitaciones. Sin embargo, tengo tan mal oído que no soy capaz de percibir una disonancia ni de llevar el compás o tararear una melodía correctamente; es un misterio cómo podía encontrar placer en la música.

Los amigos que compartían esta afición se percataron de mi ineptitud, y a veces se divertían sometiéndome a una prueba consistente en averiguar cuántas melodías podía identificar si las interpretaban a un ritmo más rápido o más lento de lo habitual. El «God save the King» tocado de esa forma era un penoso enigma. Había otro chico con un oído casi tan malo como el mío, y, aunque resulte extraño, tocaba un poco la flauta. En una ocasión tuve la alegría de derrotarle en una de nuestras pruebas musicales.

Poco antes de morir, Darwin notaba cómo habían ido decayendo sus gustos artísticos, y se arrepentía. Temía haberse deshumanizado y convertido en una máquina de pensar lógicamente, dedicada tan sólo al trabajo de extraer leyes generales a partir de observaciones y experimentos. Si volviera a nacer trataría de no obsesionarse tanto con la ciencia:

He dicho que en un aspecto mi mente ha cambiado durante los últimos veinte o treinta años. [...] También he dicho que antaño la pintura me gustaba bastante, y la música muchísimo. Pero desde hace muchos años no tengo paciencia para leer una línea de poesía [...]. También he perdido prácticamente mi afición por la pintura o la música. Por lo general, la música, en lugar de distraerme, me ha-

ce pensar demasiado activamente en aquello en lo que he estado trabajando. Conservo un cierto gusto por los bellos paisajes, pero no me causan el exquisito deleite de antaño.

Supongo que una persona de mente mejor organizada o constituida que la mía no habría padecido esto, y si tuviera que vivir de nuevo mi vida, me impondría la obligación de leer algo de poesía y escuchar algo de música por lo menos una vez a la semana, pues tal vez de este modo se mantendría activa por el uso la parte de mi cerebro ahora atrofiada. La pérdida de estas aficiones supone una merma de felicidad y puede ser perjudicial para el intelecto, y más probablemente para el carácter moral, pues debilita el lado emotivo de nuestra naturaleza.

Su hijo Francis nos ofrece una semblanza de aquellas veladas musicales en Down:

Por las noches —es decir, después de haber leído tanto como le permitían sus fuerzas y antes de que empezara la lectura en voz alta— solía tumbarse en el sofá y escuchar a mi madre que tocaba el piano. No tenía buen oído, pero a pesar de ello sentía verdadera pasión por la buena música. Solía lamentar que este goce con la música se hubiera apagado con los años; con todo, que yo recuerde, le gustaban enormemente las bellas melodías. Nunca le oí tararear correctamente más que una tonada, la canción galesa *Ar hyd y nos*; creo que también solía tararear una cancioncilla tahitiana. Debido a su falta de oído era incapaz de reconocer una melodía cuando la volvía a oír, pero era constante en sus gustos, y, a menudo, cuando oía tocar una antigua canción favorita, decía: «Esto me gusta; ¿qué es?». Le gustaban especialmente algunas partes de las sinfonías de Beethoven y alguna cosa de Haendel. Era sensible a las diferencias de estilo, y disfrutaba intensamente oyendo tocar a la que fue Mrs. Vernon Lushington, y cuando en junio de 1881 Hans Richter hizo una visita a Down, experimentó un gran entusiasmo por su magnífica interpretación al piano. Le gustaban las buenas canciones y las grandiosas o patéticas casi le hacían llorar. Disfrutaba siempre que su sobrina Lady Farrer cantaba *Will he come* de Sullivan. Era modesto en grado sumo respecto a su propio gusto y, por consi-

guiente, se complacía cuando veía que los demás estaban de acuerdo con él.

Pero, ¿es que Emma no interpretaba al gran Chopin, el gigante del piano que le dio clases? Algún estudio, algún nocturno, por lo menos. Por supuesto que sí se acordaba Emma de su maestro. Wallis Nash, un abogado que visitaba a Darwin en Down, disipa nuestros temores.

Después de acabada la cena familiar, Darwin tenía la costumbre de descansar un poco, y unirse a la familia en el salón. La señora Darwin y varios de sus hijos eran muy aficionados a la música, y se usaba muy frecuentemente el piano de cola. He visto a menudo a Mr. Darwin sentado a su lado con una expresión inquisitiva en su semblante mientras sonaba una sonata de Mozart o de Beethoven, o un nocturno de Chopin.

Recuerdo bien cómo decía: «Cuando era joven y por algún tiempo después de nuestro matrimonio, me daba gran placer escuchar música, y era un buen oyente. Pero gradualmente, y mientras me iba absorbiendo cada vez más la investigación científica, el gusto por la música decayó hasta desaparecer. Creo de verdad que el compartimento musical de mi cerebro se atrofió por la falta de ganas de usarlo. Desde entonces lo he lamentado a menudo, pero se ha ido demasiado lejos como para recuperarlo. Es un gran error perder interés en cualquier arte o afición por desuso».

Volvamos ahora a los pianos. La señora Darwin le contaba por carta (de 2 de febrero de 1839) a su hermana Elisabeth cómo adquirieron su primer Broadwood:

El jueves, Charles y yo hicimos algunas compras, cosa que él declara que le gusta bastante, y yo me compré mi traje de mañana, una especie de vestido a la turca de satén, castaño claro, muy discreto. Y a continuación fuimos chapoteando a través de la nieve derretida a la casa Broadwood, donde probamos un pianoforte que tenía el

nombre de Mr. Stevens escrito, que sonaba hermosamente hasta donde pudimos juzgar. ¿Serías tan buena de escribirle una nota a Mr. Stevens para decirle que me gusta en todos los aspectos, y que nunca he escuchado un pianoforte que me produjera más admiración? Esperamos tenerlo en casa hoy.

Curiosa declaración la de Charles Darwin en 1839 (se acaban de casar en Maer, donde vivían los Wedgwood), teniendo en cuenta que en 1842 se retirarían a una casa de campo y se alejarían para siempre de todo el bullicio, las compras y la intensa vida social de la capital. ¿Sería que Darwin todavía no se encontraba tan mal de salud como se sintió luego, o sería más bien que el joven Darwin, como todos los novios y recién casados, manifestaba entonces que le gustaban mucho las tiendas, aunque el entusiasmo cae en picado pronto?

De ese piano Broadwood se acordaba su hija Henrietta Lightfield (apellido de casada) en 1915:

El piano mencionado fue un regalo de su padre. Lo recuerdo bien con su bonita caja de caoba; conservó la belleza de su sonido más que cualquier otro piano posterior. En busca de tranquilidad vivían, con el piano y todo, en la habitación más bien pequeña de atrás, con vistas al jardín, que, aunque estaba llena de humo [de la chimenea, supongo], era una bendición para sus almas rurales.

De este texto se deduce que los Darwin tuvieron al menos dos pianos posteriores. Y en segundo lugar contiene una descripción de cómo era la primera sala de estar en Down, antes de que los dueños reformaran la casa para hacer un salón más grande en 1858. Entonces compraron su segundo Broadwood para este cuarto. Como dije al principio, el primer piano se lo terminó dando Emma a su hermana soltera Elisabeth en la primavera de 1873, según recordaba Henrietta:

Elisabeth Wedgwood había ido perdiendo vista desde hacía algún tiempo, una privación que sobrellevaba con la mayor de las paciencias. Pero mi madre solía decir lo triste que le ponía llegar y encontrarla sin hacer nada, cuando había tenido una vida tan activa. Mi madre le regaló el viejo piano de cola Broadwood y para llenar en parte su tiempo vacío le ayudaba a aprenderse de memoria algunos aires sencillos para tocarlos ella misma. Iba [la tía Elisabeth] más a menudo para pasar la tarde y estar por la noche con ellos [los Darwin], yéndose a casa después del desayuno.

Después de desaparecido Charles la vida tuvo que cambiar mucho en Down House. Pero Emma siguió tocando el piano, ahora el segundo de los dos Broadwood, mientras pudo, acompañada por su hijo Francis (fagot) y el marido de Henrietta.

En los viejos tiempos mi madre tocaba mucha música concertada con su hijo Francis y con mi marido. Ella tocaba la parte del piano, e interpretaban muchos de los tríos de Mozart y Haydn y movimientos lentos de Beethoven. Pero ahora que casi tenía ochenta y dos años a menudo no estaba lo bastante fuerte para el esfuerzo.

Para Darwin la música era importante en relación con la evolución humana. Según el naturalista, el gusto por la belleza, en general, no nos separa de los animales, sino que nos acerca a ellos, ya que los «pueblos salvajes» no están demasiado alejados de los animales en cuanto a estos refinamientos del espíritu, que según Darwin, están más desarrollados en los pueblos avanzados sólo a causa de su superior cultura (y no por razón de diferencias biológicas entre «razas»). En *El origen del hombre* (1871) escribía:

Al propio tiempo, las dulces melodías del canto de los machos durante la época de la reproducción son evidentemente objeto de la admiración de las hembras. Porque, en efecto, si éstas fueran incapaces de apreciar los magníficos colores, los adornos y la voz de sus machos, todo el cuidado y anhelo que emplean para hacer gala de

sus encantos serían inútiles, lo que es imposible admitir. No creo que podamos explicar más satisfactoriamente por qué ciertos sonidos y colores excitan placer cuando armonizan, y por qué ciertos sabores y perfumes son agradables, pero es lo cierto que muchos animales inferiores admiran con nosotros los mismos colores y los mismos sonidos.

El amor a lo bello, al menos en lo que respecta a la belleza femenina, no tiene en el espíritu humano un carácter especial, ya que difiere mucho en las diferentes razas, y ni aún es idéntico para las distintas naciones de una misma raza. A juzgar por los repugnantes adornos y la música atroz que admira la mayoría de los salvajes, podría afirmarse que sus facultades estéticas están menos desarrolladas en ellos que en muchos animales, tales como las aves. Es evidente que ningún animal es capaz de admirar la pureza del cielo en la noche, un paisaje bello o una música sabia; pero tampoco los admiran más los salvajes o las personas que carecen de educación, ya que esos gustos dependen de la cultura y de asociaciones de ideas muy complejas.

Darwin, sobra decirlo, no sabía tocar el piano, pero lo aporreaba violentamente con fines experimentales. Seguramente utilizó el tercer piano (el Érard, porque no es probable que Emma le dejara acercarse a su sagrado Broadwood), para experimentar con los sentidos de las lombrices de tierra. Estos sencillos pero laboriosos animales fueron su último trabajo de investigación. Con tanto remover el suelo estaban enterrando las piedras de Stonehenge. «Los gusanos no poseen el sentido de la audición. [...] Cuando se los pone en una mesa cercana a las teclas del piano, tocado lo más fuerte posible, permanecen completamente quietos», escribió Darwin en 1881.

Estamos tan acostumbrados a imaginar un Darwin serio que la escena del experimento nos resulta terriblemente cómica. A él seguro que también se lo parecería, porque tenía un gran sentido del humor. Gwen Raverat, su nieta, oyó decir a su tía Etty (Henrietta)



que, cuando se encontraba bien, Charles Darwin era más alegre, más entusiasta y más espontáneo que sus hijos.

Y así termina esta historia sencilla de un hombre sin ninguna aptitud musical, pero que amó mucho a una pianista y a los tres pianos que ella tocó para él. La historia de Darwin es también una historia de amor. Su hijo Leonard escribió:

Me gustaría poder pintar con palabras un cuadro de mi padre tumbado tranquilamente en el sofá de la sala de estar, mientras mi madre tocaba, de una manera muy bella, algún movimiento lento de Beethoven. Se hablaba poco, pero estoy seguro de que la música no dejaba de tener efecto en la mente de mi padre.

J. L. A.

